

ner, Eduardo del Prado, Jorge Huertas, Hebe Serebriski, Diana Raznovich, Eduardo Gudiño Kieffer, Máximo Soto y Carlos Vitorello, entre otros— sean meros epígonos o que no los separen entre sí, diversos puntos de vista sobre la creación teatral. Tampoco, que nuestro teatro haya estado ajeno a los cambios sociales,<sup>21</sup> al fenómeno del advenimiento de la democracia en 1973 o al período tenebroso del denominado Proceso de Reorganización Nacional (1976-1983), al cual fue respuesta muy clara la aparición de *Teatro Abierto*, durante 1981.<sup>22</sup>

Lo que deseamos afirmar es que el actual es un período de transición en nuestro teatro y en nuestra sociedad y que los autores argentinos están buscando una síntesis entre lo valioso de nuestra tradición teatral y las textualidades que aparecieron en nuestro *sistema teatral* en la germinal década del sesenta.

Oswaldo Pellettieri

## «El meridiano intelectual de Hispanoamérica»: polémica suscitada en 1927 por *La Gaceta Literaria*

La identidad cultural de Iberoamérica en lo que respecta a su literatura es un tema que participa tanto de un interés intrínseco como de la vastedad de sus ramificaciones.

La búsqueda de la identidad cultural ha sido patente entre los escritores hispanoamericanos a partir del siglo XIX, aunque ya desde los inicios de la época virreinal puede observarse lo que podría llamarse «identidad criolla», como sentimiento diferenciador respecto de la metrópoli con la que, por otro lado, se sentían unidos por fuertes lazos.

Lo cierto es que con la nueva división política, fruto de las guerras de independencia, se origina en Hispanoamérica una urgente necesidad de afirmación, visible en todos

<sup>21</sup> Ésta ha sido la característica distintiva de nuestro teatro de todos los tiempos, ser una suerte de parlamento, de entidad clave para el debate de los temas nacionales.

<sup>22</sup> Para consultar las obras del primer Teatro Abierto, ver Teatro Abierto 1981 (Buenos Aires, Teatro Abierto, 1981).

los ámbitos de la sociedad y que, en el plano literario, tendrá su objetivo en lograr una «literatura nacional». Con este motivo se origina en Hispanoamérica la primera gran polémica literaria de su historia, que tendría como participantes representativos de la misma a Echeverría, Alberdi, Sarmiento, Lastarria, Altamirano, etc.

Uno de los puntos básicos de esta polémica radicó en cuestionarse si la tradición española era o no elemento primordial en la identidad cultural de los nuevos países. La literatura posterior al Romanticismo no ha estado al margen de esta polémica, uno de cuyos aspectos, las relaciones entre España e Hispanoamérica, ha sido frecuentemente sacado a la luz, bien para combatir una presunta actitud hegemónica de España, bien para cerciorarse de la necesaria tradición que une a Hispanoamérica y España.

En este marco se inscribe un capítulo particular de dicha polémica que tuvo su origen y principales manifestaciones en la revista española *La Gaceta Literaria*,<sup>1</sup> uno de los órganos más importantes del vanguardismo español en los años de su publicación (1927-1932). Por lo que respecta a la vinculación de la revista con Hispanoamérica es conveniente recordar que ya en el subtítulo se identificaba como *Ibérica-americana, internacional*, y que su contenido no desmentía tal afirmación, pues la dedicación a temas literarios hispanoamericanos es constante y abundante en todos sus números. Orientada a la presentación de la última producción literaria y artística de Europa y América, entiende ambas actividades como algo vivo, y esa sensación de vitalidad, que el lector actual sigue percibiendo, se nutre muchas veces de la polémica y de la crítica, en muchos casos, desmesuradas. La polémica aquí enunciada no fue ajena a la vitalidad demostrada por la revista ni tampoco a su combatividad.

## I. Historia de la polémica

En el número 8 de *GL*, correspondiente al día 15 de abril de 1927, un editorial, en su primera página, lanzaba un verdadero reto bajo el título «Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica». Según el editorialista, se trataba de fijar la posición de la revista respecto a Hispanoamérica, por supuesto, desde un punto de vista literario o, más ampliamente, cultural (en efecto, todos los participantes en la polémica fueron hombres relacionados con la literatura). Decir que la intención del artículo era la de entablar una polémica no parece demasiado aventurado si se tienen en cuenta los dos puntos, relacionados entre sí, que centralizaban el editorial: por un lado, la defensa de la utilización del término «Hispanoamérica» frente a «Latinoamérica», con la acusación de que este último término desvirtuaba la relación de Hispanoamérica con España, produciéndose una «desviación constante de los intereses intelectuales hispanoamericanos hacia Francia»; por otra parte y en relación con lo expuesto anteriormente, la reafirmación del sentimiento hispanoamericano de España: «nosotros siempre hemos tendido a considerar el área intelectual americana como una prolongación del área española».

A pesar de que en el editorial se señalaba explícitamente, con referencia al uso del término «hispanoamericano», que «no representa la hegemonía de ningún pueblo de habla española, sino la igual de todos», el tono empleado debió de resultar demasiado

<sup>1</sup> Citada, en adelante, por sus iniciales *GL*.

provocativo para otras revistas americanas, las cuales no eludieron la polémica. Entre otras, participaron *Martín Fierro*, *Crítica* y *El Hogar* de Buenos Aires, *La Pluma* y *Cruz del Sur* de Montevideo y *Orto* de Manzanillo (Cuba). También la revista *Nosotros* de Buenos Aires participaría de forma indirecta.

Fue *Martín Fierro* quien, de forma agresiva, contestó primero a la *GL*. A través de una encuesta realizada en su número 42 (10 de julio de 1927), «Un llamado a la realidad», y en la que, entre otros, participaron Borges, Lisardo Zía y Pablo Rojas Paz, se rechaza frontalmente el que España se constituya en el eje intelectual de Hispanoamérica, con frases como «¡Madrid se siente imperialista, tiránico! ¡Madrid quiere tutelarnos!»

Indudablemente, las polémicas de este tipo no favorecen mucho el juicio sereno y la mesura, sobre todo si la parte afectada piensa que se le trata de imponer algo por la fuerza. El resto de las revistas rechazaron también lo que entendían como actitud hegemónica, pero, en general, en tonos más apaciguados. Así, *Orto* señalaba en su número 18 que se «trata de implantar una hegemonía intelectual, sin nada en el fondo que lo justifique» y *La Cruz del Sur* decía (número 18): «Si los porteños resisten con toda razón el papel de segundones, no tenemos motivos los montevidianos para hacer las cosas de otro modo».

También participó, de forma indirecta, en la polémica, la revista *La Fiera Letteraria*, defendiendo la influencia italiana en la cultura argentina, lo cual motivó, a su vez, que la revista *Nosotros* realizase una encuesta sobre este tema, de forma que también, indirectamente, llega a participar en la polémica suscitada por la *GL*. Si las respuestas de autores tales como Leopoldo Lugones, Ricardo Rojas, Alfonsina Storni, Alberto Gerschunoff y Arturo Marasso rechazaban esa influencia italiana, lo cierto es que tampoco se mencionaba una influencia española. Evidentemente, la sombra de un posible colonialismo cultural pesaba demasiado como para detenerse a pensar con frialdad en influencias inevitables.

El momento álgido de la polémica se sitúa en el número 17 de la *GL* (1 de septiembre de 1927). En su página tercera se dan los resultados de una encuesta realizada entre varios escritores españoles sobre la polémica respuesta de *Martín Fierro*. El propio título que encabeza la encuesta, realizado en grandes caracteres tipográficos, quiere mantener la actitud polémica: «Un debate apasionado. Campeonato para un meridiano intelectual», y los subtítulos ratifican tal posición: «La selección argentina *Martín Fierro* (Buenos Aires) reta a la española *Gaceta Literaria* (Madrid). “*Gaceta Literaria*” no acepta por golpes sucios de “*Martín Fierro*” que lo descalifican. Opiniones y arbitrajes». En total, se reproducen las respuestas de catorce escritores enviadas a la revista, con una variedad grande de temas, pero con dos puntos en común: rechazo del tono, considerado por algunos como injurioso, de *Martín Fierro*, y rechazo también de que se quiera imponer desde España ningún tipo de monopolio.

En el número siguiente de la *GL*, el 18 (15 de septiembre de 1927), un corto editorial titulado «La verbena del meridiano» viene a mostrar la intención polémica del primer editorial del número 8: «Estábamos ya aburridos de ver cómo se deslizaba ese tema a través de mil protocolos y reverencias. Sabíamos que por debajo corría una vena espontánea que era preciso herir y hacer brotar. Nuestro venablo dio en el blanco». El

editorialista se ratifica en lo dicho y se alude a ciertas críticas recibidas (Unamuno, Maeztu, Ricardo Baeza, Gaziol, etc...), aunque no se citan directamente ninguno de estos testimonios.

De nuevo en el siguiente número, el 19 (1 de octubre de 1927) hay un artículo de Francisco Ayala, «El minuterero de Italia» (página 3) que lleva la polémica al tema de la influencia italiana en Argentina. El motivo ha sido proporcionado por la revista *La Fiera Letteraria*, que ha tomado parte en la polémica, supervalorando a juicio de Francisco Ayala la aportación cultural de los inmigrantes italianos en Argentina, que él considera mínima frente a la española.

Ya la polémica toca a su fin, con dos breves menciones en el número 22 (15 de noviembre de 1927) a las posturas de las revistas *La Cruz del Sur* y *Orto* y con el artículo «No quiere pasar por Roma el Meridiano», aparecido en el número 34 (15 de mayo de 1928), que hace referencia a la encuesta ya citada, realizada por la revista *Nosotros*. La polémica fue pronto olvidada y, sin embargo, los temas que en ella se plantearon fueron en aquel momento, y en gran medida siguen siendo, problemáticos.

## II. Cuestiones planteadas en la polémica

a) *Una cuestión terminológica.* La polémica se iniciaba en el número 8 de la *GL* defendiendo la utilización del nombre de «Hispanoamérica» frente al de «Latinoamérica». Si en torno a este tema no se suscitaron nuevos comentarios fue, sin duda, porque lo que se quería resaltar era el papel protagonista de España respecto de Hispanoamérica, aspecto que centralizó la discusión. Desde principios de siglo hasta nuestros días el tema ha sido objeto de enfrentadas opiniones que, por encima de su aspecto formal, plantean posturas ideológicas. Los defensores del término «Hispanoamérica» mantienen la unidad tradicional entre España y los diversos países hispanoamericanos, justificando dicha denominación generalmente en la misma forma que lo hace la *GL*: «No hay, a nuestro juicio, otros nombres lícitos y justificados para designar globalmente de un modo exacto que selle los tres factores fundamentales —el primitivísimo origen étnico, la identidad lingüística y su más genuino carácter espiritual—, a las jóvenes Repúblicas de habla española, que los de Iberoamérica, Hispanoamérica o América española». Por contraposición, la utilización de «Latinoamérica» parece querer desvirtuar esta unidad, favoreciendo un sentimiento independentista de las naciones americanas, grato, por otro lado, a otros países con interés en Hispanoamérica. De ahí que en el editorial número 8 de la *GL* se aluda a maniobras conexionistas de Francia e Italia, países que quedan perfectamente englobados en el concepto de latinidad y que se han proyectado con intensidad en Hispanoamérica, el primero por la indudable atracción que los escritores hispanoamericanos han sentido por París, particularmente desde el modernismo, y el segundo por su fuerte emigración de principios de siglo, sobre todo a la Argentina; esto al margen de otras relaciones económicas y políticas.

El interés por la terminología radicaba, pues, en una cuestión más de fondo: la suplantación del término «Hispanoamérica» por el de «Latinoamérica» equivalía a un inten-

to de restar importancia a la proyección de España en América, mundos unidos desde la época virreinal por lazos de sangre y cultura. Por lo menos así lo entendió la *GL*.<sup>2</sup>

b) *El tema de la hegemonía*. A pesar de que en el editorial del número 8 de la *GL* se aludía a que no se trataba de imponer ningún hegemonismo por parte de Madrid, no lo entendieron así *Martín Fierro* y las otras revistas que se sumaron a la polémica. Indudablemente, el tono empleado por la revista española tal vez no fuera el más adecuado. Así lo vieron algunos de los entrevistados en el número 17. Guillermo de Torre considerará que la respuesta de *Martín Fierro* se debe a lo impropio del término «meridiano», señalando que se empleó al azar y, por supuesto, sin ánimo imperialista. Gerardo Diego, prudentemente, opinará de modo similar, poniendo en evidencia el peligro de cualquier nacionalismo. En el mismo sentido opinan Angel Sánchez Ramírez y Melchor Fernández Almagro, quien señala: «El error de *La Gaceta Literaria* es querer imponer a América un meridiano, el error de *Martín Fierro* negar la tradición». Si ésta es la postura más generalizada, no faltó quien pensase que, efectivamente, el meridiano de la literatura americana pasaba por Madrid, tal como manifiesta Francisco Ayala negando, incluso, que la literatura suramericana hubiese logrado su autonomía (tema tan debatido en el siglo XIX, pero que después del modernismo había perdido vigencia).

En definitiva, la posición de la *GL* era la de defender a España como foco difusor de cultura hacia América; de ahí las alusiones que en el número 8 se hacen a que parte de los jóvenes intelectuales hispanoamericanos parecen haber olvidado a España, puestos sus ojos, principalmente, en París. La polémica, pues, se concretiza en ocasiones en un enfrentamiento entre Madrid y París o como se señala en los números 19 y 34, entre Madrid y Roma. La actitud conciliadora del escritor argentino Sergio Piñero, entrevistado en el número 10, podría servir de postura mediadora en el conflicto: «Es que París para nosotros, americanos, nostálgicos y ávidos de Europa, es la síntesis *vital*, más que *intelectual*, de este continente. Aunque en el fondo nunca dudemos un solo momento de que España, Madrid, ha de ser el hogar de nuestros afanes intelectuales» (p. 1). Ya Rubén Darío había expresado similar alternativa, aunque convendría cambiar de orden los términos «vital» e «intelectual».

Lo cierto es que el interés de la *GL* por asegurar el papel cultural de España, ya al margen de si su actitud podía o no calificarse de hegemónica, era enormemente positivo, teniendo en cuenta el largo período del siglo XIX en que España y América se ignoran mutuamente. La *GL* contribuyó en gran medida a potenciar el restablecimiento de unas relaciones que desde el comienzo del siglo XX se intentaban relanzar.

c) *El porvenir de la lengua castellana*. Fue *Martín Fierro* quien suscitó la vieja polémica, desarrollada en el siglo XIX, en torno a si el idioma castellano correría peligro

<sup>2</sup> La polémica en torno a este tema de las denominaciones no ha cesado desde comienzos de siglo. A favor del término «Hispanoamérica» o «Iberoamérica» se han expresado José Enrique Rodó, Angel Ganivet, Aurelio M. Espinosa, Juan Valera, Unamuno, Concha Meléndez, Guillermo de Torre, Camilo José Cela, Américo Castro, R. Menéndez Pidal, J.A. Balseiro, F. Sánchez-Castañer. A favor del término «Latinoamérica» han escrito César Fernández Moreno, Raúl Grien y otros escritores lo han apoyado de modo tangencial. Es evidente que el interés por suscitar la cuestión radica en los primeros, que ven cómo se va imponiendo la denominación de «Latinoamérica». Véase al respecto, el artículo de Francisco Sánchez-Castañer, «A manera de prólogo», *Anales de Literatura Hispanoamericana*, I, Madrid, 1972, pp. XVI-XXII, donde se trata ampliamente el tema, y que no pudo evitar el ser también objeto de polémica.

en América de convertirse en diversos idiomas debido a las características locales de cada país. Como en todos los aspectos de la polémica, también en este caso se ocultaba una postura antihegemónica respecto a España. El tema se había debatido con amplitud, efectivamente, en el siglo XIX, desde que en 1821 el escritor hondureño José Cecilio del Valle pronostica la multiplicación de idiomas, hasta 1889, en que Rufino José Cuervo seguía opinando de forma similar. Sin embargo, en el momento álgido de la polémica, desarrollada entre Bello y Sarmiento en 1842, quedó patente que la tesis de Sarmiento de que sólo una liberación lingüística completaría el marco de la independencia tanto política como literaria de Hispanoamérica, no fue secundada ni siquiera por autores que como Juan M.<sup>a</sup> Gutiérrez, Echeverría o Lastarria, tan firmes se habían mostrado en una desvinculación con España. El idioma era un bien demasiado apreciado como para ser cuestionado.

Tal vez por esa razón, los entrevistados en el número 17 de la *GL* hacen tanto hincapié en una cuestión que por su evidencia no ofrecía demasiadas alternativas al debate. Las palabras de Gerardo Diego: «No les conviene a los jóvenes argentinos hurgar demasiado en su criollismo [...] Y si consiguen crearse ese idioma nuevo que les aflige la impaciencia, o será un dialecto porteño [...] o un cerril y bizcaitarra supercriollo» (p. 3), son sostenidas también por otros escritores participantes: Giménez Caballero, Gómez de la Serna y Benjamín Jarnés.

Los cauces por donde se desarrolló la polémica quedan presentados en los puntos anteriores. Otros aspectos a los que se podría hacer mención son irrelevantes en el conjunto de la polémica. Ésta, si algún valor tuvo, fue, sin duda, el remarcar la necesaria vinculación entre España e Hispanoamérica, lo que, en definitiva, hizo la *GL* a lo largo de toda su existencia a través de una constante referencia a la literatura hispanoamericana. El papel digamos «participativo» que creía que España debía tener en la literatura y cultura hispanoamericanas, paradójicamente, quedaba demostrado en su trayectoria como revista, sin necesidad de entrar en polémicas que, como la que hemos analizado, encontró demasiadas enemistades.

**José Carlos González Boixo**